

La Línea Maginot

(Seudónimo, Isabel Huete)

Aquella tarde lluviosa del mes de febrero, y cuando el siglo veinte llegaba a su consumación, Otto Bäuer, escaso de estatura y envuelto en una piel exageradamente pálida, en la que parecía brillar siempre un minúsculo brote de nostalgia, bajó la persiana de la librería. Comenzaba a nevar, y un ruido sordo, formado por imprecisas ráfagas de viento que golpeaban los canalones de los edificios cercanos, le aguardaba en la calle. Eran las tres de la tarde, y estaba lejos de sospechar que un acontecimiento imprevisto iba a instalarse en su vida, produciendo en él una sensación extraña pero excitante, una melodía perturbadora que en adelante acompañaría sus pasos por una ciudad a la que había llegado recientemente.

El largo anillo del tiempo, a medida que va mostrando sus desconchaduras, origina las inevitables mudanzas en cualquier árbol genealógico, así que el de los Bäuer no podía ser una excepción: media docena de enfermedades venéreas que terminaron con los libertinos bajo tierra, y los naturales fallecimientos a su tiempo, eran pruebas irrefutables de esa ley de la gravedad que produce abundantes naufragios y no menos incruentas desdichas en todas las cortezas humanas. Sin embargo, a pesar de los implacables estragos producidos por la herrumbre de los años, y de algunos episodios curiosos que pudieron hacer cambiar la historia de los Bäuer -al menos una saga completa de tíos de Otto coqueteó con los Rosacruces-, dos cosas permanecieron inalterables en las costumbres familiares desde entonces: la decidida inclinación de los Bäuer a los viajes y a la literatura, y, más en concreto, al estudio de tratados antiguos.

Consecuente con esta afición que sirvió para dar de comer a su padre y a su abuelo -ambos habían regentado varias librerías de viejo, siempre en lugares distintos, debido sin duda a esa exacerbada manía que los arrojaba de un continente a otro sin más fundamento que su insaciable curiosidad-, Otto se había instalado hacía poco tiempo en París. En una de sus calles más antiguas, que desemboca en la Plaza de Los Vosgos, había colocado, en lo alto de un edificio que antes había servido como destilería clandestina, un letrero de hierro, respaldado con letras góticas, que hacía alusión a un nombre y a un modo de concebir el mundo a través de sus cánones más representativos: "Bäuer, librería de viejo".

Referirse a su pasado hasta ese momento, a los amores correspondidos, y a los que no lo fueran tanto, incluso conocer el nombre de algunos países exóticos en los que se había mezclado con olores muy distintos al suyo y con miradas que lo atravesaban llenas de curiosidad, sin duda que tiene menos importancia que la sabiduría que había ido adquiriendo en los miles de manuscritos que habían pasado por sus manos. En las librerías que había abierto en Praga o en Roma, o en la que años después había regentado más al norte, en una ciudad finlandesa de difícil pronunciación, siempre había mantenido vivo, al igual que sus ancestros, ese vicio de extraviar sus huellas por el polvo de légameos antiguos. De modo que no le habría resultado difícil emular el rigor de Tucídides cuando narraba los pormenores más íntimos de la Guerra del Peloponeso, y, de la misma manera, habría asombrado a cualquiera que escuchara de sus labios la descripción de los famosos Rollos de Qumrán o manuscritos encontrados a orillas del Mar Muerto.

Otto repartía su tiempo entre la lectura de tratados antiguos y la atención a los clientes. En una de las habitaciones había instalado un hornillo de gas, en el que acostumbraba a hacer una ligera comida a mediodía, mientras que el resto de los huecos estaba atiborrado de libros por todas partes.

Si bien podía presumir de una moderada frugalidad en relación con su estómago, no se perdonaba la hora de la siesta, amenizada siempre con la lectura

de algún libro. Había metido en el bolsillo un ejemplar, adquirido recientemente, de la Historia general de los viajes, publicada en 1784 y traducida del inglés al francés por el abate Antonio Francisco Prevot, y, tras darle una doble vuelta a la llave de la persiana, subió las escaleras del piso que había alquilado enfrente de la librería. Después, sin más preámbulos que quitarse apresuradamente los zapatos, se metió en la cama.

El azar no es sospechoso de quietud, más bien se pierde a diario por angostos recovecos y por insondables direcciones: testimonios notariales, herencias fallidas o simples recortes de periódicos que se dejan olvidados en el interior de un libro. En esta ocasión, si bien el asombro no formaba parte de su herramienta diaria -Otto había contemplado increíbles auroras boreales, y hasta en una ocasión había sido testigo de un milagro en la catedral de San Esteban, en Viena-, no pudo evitar un gesto de estupor al encontrar un sobre dentro de una de las páginas de la Historia general de los viajes. Después, y tras leer el papel que había en su interior, con un golpe enérgico de la mano, con la misma y enfática resolución con la que Arturo Toscanini atacaba el comienzo de la sinfonía nº 3 de Beethoven, se dispuso a comenzar las indagaciones sobre una historia de amor, que, casi sesenta años después -la carta estaba fechada en 1940, aún aguardaba una respuesta.

Es cierto que la sombra de la duda lo pellizcó en varias ocasiones, pues no resultaría extraño, se dijo, que después de tanto tiempo la ominosa parca se hubiera llevado con ella a Laura Pellicer y a su enamorado. La carta comenzaba con un fervoroso "Muy querida Laura", para perderse después en un piélago de aflicciones. Pierre Lamartine, que así se llamaba el soldado francés que estaba destinado en una de tantas fortificaciones de La Línea Maginot, se quejaba de la soledad de hierro, del apretado dogal en el que se uncían sus esperanzas, pues no comprendía el silencio de su amada. "Algo difícil de entender -continuaba la carta-, sobre todo después de la última vez que nos vimos. Esos inolvidables momentos son la única certidumbre que me sostiene en pie, y más ahora que

parece que los alemanes van a lanzar una gran ofensiva sobre nuestras posiciones". Recelos esbozados con distinta cautela y temores de todo tipo, entre los que no faltaba, naturalmente, la posible muerte de Laura, completaban el resto de la misiva.

Otto no necesitó recorrer las secciones de guerra de archivos y ministerios, ni preguntar, con una voz descreída, pero al mismo tiempo no exenta de fanática convicción, a algún funcionario encargado de certificar fechas y registrar nombres improbables o más ciertos, pues, si bien el de Pierre Lamartine permanecía en el dique oscuro del olvido, convertido en una estatua de piedra, en una esfinge de forzada solemnidad, no sucedía lo mismo con el nombre de Laura Pellicer, una locutora de radio, aún viva -la noticia se la dio el dueño de un café-, que se había dedicado en su programa a elevar la moral de los soldados franceses que se encontraban en el frente de combate durante la Segunda Guerra Mundial.

A los pocos días de descubrir la carta, Otto se encontró subiendo las escaleras de un antiguo edificio de tres pisos, en cuyo portal había un buzón de correos, desportillado por la falta de uso, donde unas letras de molde aludían a un nombre y a un apellido conocidos: Laura Pellicer. Al lado de ese buzón, otro, de similar aspecto y tamaño, hacía referencia a una "Emisora de radio".

Al tiempo que, con una mano sacaba el sobre del bolso de su abrigo, con la otra golpeó dos veces la puerta con un picaporte de hierro. Apenas le dio tiempo a vislumbrar el rostro pálido y arrugado de la mujer de cabellos rubios, ni la muleta en que se apoyaba al caminar, cuando ya estaba cumpliendo el inevitable trámite inicial:

- ¿Laura Pellicer?

- Sí, soy yo, pero haga el favor de pasar.

La luz que se filtraba por la ventana prestaba a la cocina un aspecto discreto e inequívocamente confortable. Sin tiempo a atender la indicación de

Laura para que se sentara, Otto le entregó el sobre con un gesto cómplice. Las convicciones amorosas de Pierre Lamartine, sus desesperadas e inevitables conjeturas, se mezclaban con el llanto sosegado de Laura mientras leía la carta. Después, armada siempre con la misma sonrisa evocadora, lo condujo hasta una habitación cuyo único mueble era una cama ancha, adornada con ángeles y con guirnaldas barrocas en la cabecera. Centenares de cartas, que se esparcían por la colcha, hacían alusión a un desorden más cercano a la parálisis del tiempo que a una aptitud natural para la desidia.

-La idea había surgido de los que formábamos parte de la emisora - esas fueron las primeras palabras de Laura tras unos instantes de silencio-. Estaba situada en este mismo piso, y por eso yo me quedé a vivir aquí: habían sido muchos los recuerdos que se habían acumulado en esta casa. Atravesábamos momentos difíciles, y era necesario prestar algún tipo de ayuda a los soldados que combatían en el frente. Los alemanes no dejaban de entonar el nombre de su mito particular, Lili Marleen, así que sería bueno que los nuestros tuvieran también el suyo. Un mito frente a otro mito, una heroína francesa que se abría paso por entre el ruido de las bombas y la aterradora soledad de las trincheras. Laura Pellicer era una famosa actriz de cine y podría servir para los fines que se pretendían.

La mujer se concedió unos momentos de respiro. Apenas una docena de dientes, curvados y frágiles, confirmaron la sonrisa amistosa que dirigió a Otto antes de continuar hablando.

--Yo fui la encargada de contestar las cartas. Al principio, no me resultó difícil; además, el nombre de nuestra artista coincidía con el mío, de modo que cada pregunta, cada súplica desesperanzada, las confesiones íntimas, y hasta las mayores vilezas que se cometían en primera línea me tenían también a mí como destinatario. Llegaban a centenares, a miles, se encontraban en los lugares más insospechados, hasta tuvimos que habilitar otro buzón, al lado del de la Emisora de radio. Pronto nos dimos cuenta de que había que profundizar en esa ayuda, hacer que Laura dejara de ser sólo una voz metálica que se extendía hasta

cualquier lugar del Norte en el que estuvieran nuestras guarniciones. Los alemanes ganaban terreno, su triunfo parecía inevitable, era necesario reafirmar la moral de los soldados. Laura Pellicer comenzó a viajar. Supe de la disciplina de los destacamentos del bajo Loira, del escepticismo de las tropas que vigilaban la zona oriental de Los Pirineos, de la escasa fortuna que había acompañado a la infantería cuando los alemanes cruzaron la frontera franco-belga. En una de esas correrías conocí a Pierre.

Una llamada en la puerta distrajo la atención de Laura.

-Disculpe un momento; seguro que es la vecina de arriba que viene con su trozo de pastel diario.

Otto se quedó solo en la habitación, y, mientras su mirada se detenía una y otra vez en las cartas que reposaban encima de la cama, pensó que retratar la desolación y la irrefutable ignominia que se había producido en Europa en aquella época sería tan inútil como intentar vaciar con ambas manos el agua de cualquier océano.

-Ya estoy aquí -de nuevo se escuchó en la habitación la voz de Laura-. No me había equivocado, hay vicios contra los que nada se puede hacer, y el de los dulces es uno de ellos.

Antes de que Otto tuviera tiempo a esbozar un gesto de asentimiento o a aludir al calidoscopio en el que se refleja la duplicada condición humana, la mujer prosiguió con su narración:

•o

No sabría decirle qué fue lo primero que me llamó la atención de Pierre. Lo cierto es que a los pocos días de conocernos nos convertimos en compañeros inseparables. Estábamos en un extremo de la Línea Maginot, ya sabe, cientos y cientos de kilómetros de galerías que no sirvieron para nada, pues los alemanes entraron por las Ardenas y, al poco tiempo, ocuparon París y acabaron con nuestras esperanzas. La noche anterior a mi regreso la pasamos juntos. Pierre había improvisado una pequeña habitación en uno de los sótanos, y

hasta había llevado velas para hacer más romántico nuestro íntimo encuentro. Puedo asegurarle, sin duda, que aquella fue la noche más feliz de toda mi vida.

Un silencio grávido, abisal, acompañó las últimas palabras de Laura.

-Venga conmigo, quiero enseñarle una cosa- tras unos instantes, la mujer se había rehecho de su mutismo y había comenzado a caminar por el pasillo.

Estaban de nuevo en la cocina. La intensa claridad añadía múltiples detalles a los adornos de las paredes o enseñoreaba los perfiles de puertas y ventanas. De un mueble de madera, con grabados dorados en las esquinas, Laura sacó un papel.

-A los dos meses, supe que estaba embarazada. Como es lógico, mi primera intención fue comunicarle la noticia a Pierre. En esta carta --la mujer le mostró el papel que acaba de rescatar del mueble- sólo hay lugar para la alegría, como comprenderá. Hasta el nombre de nuestra hija, Elena, porque yo estaba segura de que iba a ser una niña, está escrito aquí. Sin embargo, días después tuve una hemorragia, que me obligó a abortar. Pensé mucho en lo que debía de hacer, las circunstancias empeoraban por momentos, todo se confabulaba contra nosotros, la resistencia se venía abajo, y, al final, decidí guardar silencio. Durante un tiempo me refugié en una peligrosa calma, en un sepulcro blanco del que no conseguía salir. La emisora apenas funcionaba ya, todos nuestros esfuerzos para detener los horrores que se avecinaban habían fracasado. La entrada de los alemanes en París sacudió mis energías, pero, a pesar de los esfuerzos que hacía, no conseguía tener noticias de Pierre, hasta que me enteré de que había muerto durante una de las batallas. El obús que explotó a su lado le reventó el pecho.

Si la presencia real está en las palabras, en la necesidad de escucharse y ser uno mismo, Otto debió pensar que ello no impide que en ocasiones el silencio sea el templo de la mejor filosofía. De modo que durante unos minutos se

reconoció en el reposo que había seguido a la confesión de Laura. Después, fue él quien rompió a hablar, si bien no pudo pasar de una discreta fórmula de cortesía:

-Comprendo su sufrimiento, sin duda que fue terrible todo lo que sucedió.

-Tome, es para usted, creo que se lo debo -Laura le extendía esa carta que nunca llegó a su destino.

Fue inútil la resistencia de Otto para negarse a recibir aquellas líneas que borran momentáneamente las fronteras del miedo, que abolían reservas y futuras desesperanzas.

Otto continuó visitando a Laura Pellicer. A veces los acompañaba en su charla la vecina de arriba, que, fiel a su cita con la glotonería, acudía todos los días con el trozo de pastel. Hasta que una noche como tantas otras, con el cielo cuajado de estrellas o cruzado por presagios de tormenta, Laura Pellicer se quedó dormida para siempre.

Meses después, se escuchó el tintineo de la campana de entrada de la librería, teñido de una mansedumbre augural, de un leve murmullo de algodón que resonaba con dulzura en los oídos. Otto estaba ojeando un ejemplar de "En busca del tiempo perdido", encuadernado en lujosa piel de cuero, y, como era lógico, no podía saber aún que la joven rubia, parecida en su sereno equilibrio y firme expresividad a las figuras femeninas pintadas por el italiano Andrea Mantegna, venía a remover un pasado que él creía clausurado para siempre.

-¿Qué desea?

-Verá... Me llamo Elena Lamartine y quisiera hablarle de un asunto delicado.

Al conjuro de aquel nombre, Otto sintió agitarse su respiración. Tras aproximar a la joven una silla, se sentó en el banco de madera que había a un lado

del mostrador. Quienes lo hubieran visto haciendo ligeros movimientos con la cabeza, podrían asegurar que la historia es siempre una cita inexcusable con la vida, o al revés, un libro inacabado que necesita de la presencia de todos sus protagonistas antes de escribir el epílogo definitivo. Nunca sabremos si fue el azar quien a última hora se retractó de su inicial propósito de muerte, pero lo cierto es que, a pesar de que el obús reventó el pecho de Pierre Lamartine, unas manos expertas, unos cirujanos diestros para el arte de taponar heridas y realizar suturas milagrosas, consiguieron salvarle la vida. El resto de la historia, según las palabras de Elena Lamartine, no era sino una apelación al sentimiento más poderoso de todos. El soldado francés, gravemente herido, fue enviado a un hospital y allí conoció a una enfermera rusa, de la que se enamoró. De esa unión nació ella, una joven educada en Moscú, a donde sus padres se habían ido a vivir después de la guerra. Una infancia feliz, los lógicos ideales, y las no menos razonables decepciones de juventud, añadidas a un mundo que a su juicio mudaba de aspecto con peligrosa frecuencia, completaron un ciclo que comenzó a quebrarse con el fallecimiento de sus progenitores.

--Primero fue mi madre. Murió a consecuencia de un desgraciado accidente de automóvil. A los pocos meses, mi padre sufrió una nueva recaída. Se le habían agravado las secuelas de una enfermedad pulmonar que arrastraba desde la guerra. Días antes de morir, me habló de Laura Pellicer, así que decidí venir a París a conocerla. Fue la vecina del piso de arriba quien me contó que usted la visitaba con frecuencia. Por eso estoy aquí.

Es posible que el arte de Andrea Mantenga para la perspectiva se hubiera apoderado de la habitación, pues las paredes de ésta desaparecieron de pronto, permaneciendo sólo en el cuadro la imagen de un Otto entregado a quién sabe qué ocultos pensamientos. Durante esos instantes en los que se dedicó a ordenar el caos, a buscar un orden que apuntalara al menos pequeñas certidumbres, exiguos equilibrios emocionales, pudo creer que él mismo estaba fuera de la realidad, que lo que estaba ocurriendo en la librería no era más que un sueño del

que pronto despertaría, o que, por el contrario, la presencia de Elena Lamartine volvía a reafirmar que el pasmo o el asombro más profundo no son sino una prolongación de los más insondables misterios del mundo.

Durante las horas siguientes, los protagonistas de esta historia de amor tuvieron un rostro más o menos ajustado a sus trazos físicos y un carácter que desprendía optimismo o escasa fe según las ocasiones. Pierre Lamartine había sido un empresario moderadamente ambicioso, un buen padre de familia, y alguien preocupado por encontrar un sentido a la realidad. En cuanto a Laura Pellicer, Otto sólo podía decir que a sus convicciones democráticas unía una generosidad sin límites, y que en su memoria el nombre de Pierre Lamartine había ocupado siempre un lugar privilegiado.

-Anochece cuando la joven se levantó de la silla.

Aguarde un momento, tengo una sorpresa para usted-. A continuación, Otto entró en la trastienda de la librería.

-Llévesela -Otto entregó un papel a la joven-. Es la última carta que Laura le escribió a su padre, aunque nunca llegó a su destino. En ella hay esperanzas compartidas, ilusiones que se quebraron vaya uno a saber por qué misteriosos motivos. Léala en su casa con calma, y piense que la verdad es como un cristal helado, una superficie difícil de traspasar; pero en ese material peligroso, a veces hasta sangriento, es, precisamente, donde flotan las verdaderas pulsiones humanas. Vuelva algún día por aquí, estaré encantado de continuar charlando con usted.

Un abrazo tenaz, ferozmente emotivo, acompañado de abundantes lágrimas por ambas partes, selló una despedida que quizás el azar o la más insospechada fortuna hubieran pactado ya de antemano. Comenzaba a nevar - unas formas escurridizas y tímidas, al principio, hasta convertirse pronto en una decidida cuadrícula blanca- cuando Otto bajó la persiana de la librería y salió a la calle.